

EVA, LA DIFERENTE

M^a Ángeles Querol

Universidad Complutense de Madrid.

Gracias a un proyecto de investigación financiado por el Instituto de la Mujer y titulado *"La Mujer en el Origen del Hombre"*, que dirigí entre 1999 y 2001, he tenido la oportunidad de estudiar muchos de los textos -escolares, universitarios o de divulgación- en los que durante los últimos 130 años se ha contado, en nuestro país, la aparición de la humanidad, o se ha hablado sobre ella.

Esa investigación, de la que ya se han publicado los primeros resultados (*Querol 2000; Querol 2000^a; Querol et al 2000; Querol 2001; Querol 2001^a y Querol y Triviño e.p.*), se orientó desde el principio a la contrastación de una hipótesis de carácter lingüístico: cuando en el contexto de los orígenes se usa la expresión *"hombre"*, no se usa como *"genérico"*, sino para hacer referencia a los varones, y además a los varones blancos, occidentales, burgueses e inteligentes; es decir, no a todos. Sin embargo, y como suele ocurrir en cualquier investigación, pronto amplíe tal hipótesis inicial, al ir descubriendo varios otros puntos de interés que, fundamentalmente, son los siguientes:

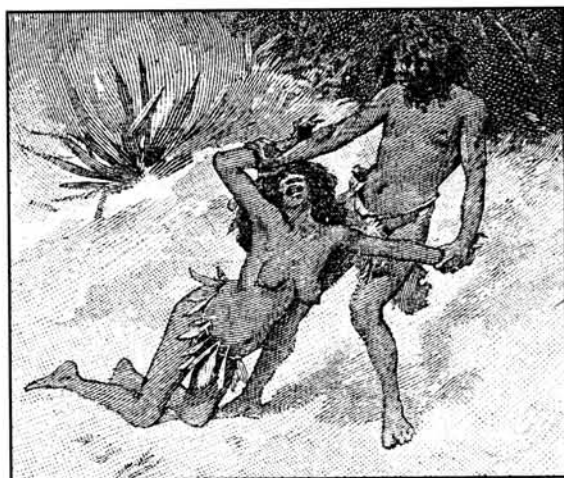
1.- El sistemático uso del pasado (*en este caso, el más remoto*) para justificar y *"arropar"* situaciones presentes.

2.- El también sistemático recurso a la *"naturaleza"* para asumir como *"inevitables"* toda una serie de asunciones propias de la sociedad occidental actual, destacando entre ellas la pretendida *"inferioridad"* de las mujeres frente a los varones.

3.- El escaso cambio en los paradigmas básicos del pensamiento *"diferencias hombre/mujer"* en la transición creacionismo/evolucionismo.

4.- El papel fundamental que juegan los mitos sobre el origen en la formación de la identidad humana, tanto masculina como femenina.

Durante el último siglo y cuarto -los años cuyos textos he analizado- los discursos sobre los orígenes humanos, sean creacionistas, concordistas o evolucionistas, se han esforzado por dejar bien claro ante la sociedad receptora que las diferencias existentes entre hombres y mujeres son muchas, son fuertes, son ancestrales, afectan tanto a los aspectos físicos como a los psíquicos y, lo que es más importante, "*favorecen*" a los hombres y "*perjudican*" a las mujeres por comparación con aquéllos, de forma que en todas las ocasiones las mujeres son "*menos*" (*menos altas, menos fuertes, menos inteligentes, menos dotadas, menos capaces, etc.*) que los hombres. De este conjunto de asunciones ha surgido la imagen más repetida de mujer "*primitiva*", agarrada por los pelos y arrastrada por el hombre hacia la cueva (Fig. 1).



*Fig. 1: Una de las primeras "novelas prehistóricas" fue la de "Los orígenes", de Rosny Aîné. Este grabado, realizado por Calbet para ilustrar su primera edición, en 1895, muestra ya la imagen clásica de la mujer forzada por el hombre (tomado de C. Cohen, 1999 *L'homme des origines. Savoirs et fictions en Préhistoire*. Seuil)*

De esta tendencia misógina y evidentemente racista, ni siquiera se escapan los textos más modernos o más actuales, aunque hay que reconocer la existencia de un reciente esfuerzo que se evidencia mucho más en los textos que en las imágenes, y que pretende superar tan injusta situación.

En la búsqueda de pruebas concretas sobre la hipótesis principal de mi trabajo -la referida al lenguaje "*hombre*" / "*mujer*", su uso y su significado- encontré el curioso asunto que presento aquí, y que denomino "*la crea-*

ción diferenciada". Se trata de una explicación que surge y se mantiene en el ámbito eclesiástico, dentro de la corriente llamada "*concordismo*", y con el fin de comprender su contexto, voy a presentar, de forma muy resumida, sus características principales.

Las mujeres en los textos creacionistas.

Hay que comenzar por recordar el Génesis I y II, y como muy bien describe García Estébanez (1992), tampoco debemos olvidar que no existe una sola versión de la creación bíblica. En otros textos figuras de mujeres como Lilith o Naama desempeñan un papel protagonista y luchador que sin duda significaba amenaza para la sociedad patriarcal hebrea. Pero el relato de la creación admitido por la Iglesia como "*verídico*" no conoce ningún principio femenino ni otorga a la mujer ningún papel protagonista, reflejando con exactitud el pensamiento patriarcal propio de los hebreos, pensamiento que, gracias al triunfo del cristianismo, se convierte en el occidental por excelencia: Dios, que es un hombre, crea al hombre a su imagen y semejanza, lo nombra Rey de la Creación y le regala un mundo y un paraíso. Luego, más tarde, cuando observa la soledad de ese Rey, crea a una mujer de su costilla para que le ayude y le sirva.

En todos los libros de Historia sagrada analizados, la mujer se representa, en el acto de la creación y de la historia original, como secundaria, complementaria o incluso innecesaria. El hombre, por el contrario, es el verdadero representante de la humanidad, validado sobre todo por su semejanza con Dios. En frases y en dibujos esta idea atraviesa siglos modelando las bases del pensamiento occidental, como puede observarse claramente en las ilustraciones que acompañan a los textos escolares de Historia general o de Historia sagrada (Figs. 2, 3 y 4). Es fácil comprender por qué hoy, este cimiento es uno de los mayores escollos ideológicos para el avance del cambio social que supone la incorporación de las mujeres a los espacios públicos.



Fig. 2: En los textos escolares de Historia o de Historia sagrada, los inventos importantes se atribuyen al hombre. En este dibujo, de 1933, la mujer, con la consabida criatura en brazos, es sólo una observadora.



Fig. 3: Muchos años después, la escena continúa siendo la misma: mujer huyendo horrorizada mientras un hombre inventa el fuego. En esta ocasión, es un texto escolar de 1969.

En el relato bíblico se encajan otros tipos de diferencias humanas, no sólo las presentadas para hombres y mujeres; esas "inferioridades" de unos humanos frente a otros (*negro frente a blanco, pobre frente a rico, oriental frente a occidental*) han de encontrar una explicación coherente, ya que "toda la humanidad procede de una sola pareja inicial" -esta es la única

forma de asegurar la existencia del "*pecado original*" en todos los seres humanos, sean como sean-. En los textos españoles analizados, esta explicación de las diferencias tiene también una base bíblica: la torre de Babel. Cuando los distintos grupos que hablaban diferentes lenguas se separaron y se dispersaron, algunos caminaron tanto y se fueron tan lejos que por el camino olvidaron su civilización, se hicieron salvajes, tallaron piedras, construyeron megalitos... y así comienza a admitirse (*no siempre, desde luego*) la existencia de la Prehistoria (Querol 2001 y 2001^a).



Fig. 4: La oposición hombre/activo mujer/pasiva continúa hasta nuestros días. Esta escena es de un texto de educación religiosa de 1981.

La revisión de los textos creacionistas, muy especialmente de las Historias sagradas escolares, desde el último tercio del siglo XIX hasta el presente, nos demuestra que el relato más repetido es el de "*barro y costilla*", es decir, aquel que sitúa a las mujeres en un lugar subordinado y secundario. Sólo después de 1970, cuando la Ley General de Educación obliga a introducir el Evolucionismo en los textos escolares, y cuando se producen en España un buen número de movimientos sociales y políticos, muchos de ellos de signo feminista, comenzarán a aparecer en esos textos alusiones al Génesis 1,27, fragmento en el que se enseña que Dios los creó "*hombre y mujer*", sin establecer distinciones.

Las mujeres en los textos evolucionistas.

El modelo del origen del comportamiento humano que presenta, mantiene y argumenta Darwin, sobre todo en su obra *"La descendencia del hombre"*, escrita en 1872, está basado principalmente en la asunción de la inferioridad psíquica y física de la mujer, inferioridad cuya explicación está en el valor de la caza como actividad económica originaria.

Darwin defendió que la actividad de la caza, llevada a cabo exclusivamente por los hombres, era tan difícil y compleja y obligaba a tanta coordinación y entendimiento, que provocó o causó el desarrollo de la inteligencia humana (*del varón*), mientras que las mujeres, esperando pasivas la llegada de los hombres con los alimentos cárnicos, no contribuyeron en nada a ese desarrollo, y si no fuera por la ley de la igualdad en la transmisión de la herencia, la diferencia física e intelectual que nos separa de las mujeres aún sería mayor de lo que es (*o.c.* :722).

Del análisis de las palabras de Darwin se pueden deducir al menos tres paradigmas que nos interesan y que tendrán una vigencia impresionante: el del valor de la caza, el paradigma del progreso unilineal y el de la inferioridad "*natural*" de las mujeres. Los tres están enlazados entre sí y a su vez con la idea de la familia monoparental con el hombre/mantenedor y la mujer/reproductora propia de la burguesía occidental urbana, que en el centro del siglo XIX está iniciando su impresionante despegue hacia lo que hoy llamamos "*aldea global*".

Está claro que Darwin, como cualquier otro ser humano, no tiene otra forma de explicar el mundo que la propia de su momento y su cultura; él observa a las mujeres de su entorno, aisladas en el ámbito doméstico, poco inteligentes o emprendedoras, pequeñas y débiles, sumisas y prudentes, o sea, tal cual las ha educado la clase burguesa victoriana, y decide imaginar que todas esas "*cualidades*" de las mujeres son tan antiguas como la propia humanidad, se formaron en sus primeros tiempos y son por lo tanto "*naturales*" e inamovibles.

También está claro que los tres paradigmas mencionados, que Darwin no se inventa pero que refuerza con sus teorías, serán utilizados por los tratadistas de finales del XIX y principios del XX, tanto transformistas

como creacionistas, como "*verdades positivas*", demostradas e inamovibles, es decir, como asunciones previas sobre las cuales se va edificando la filosofía contemporánea occidental. En muchas representaciones de los orígenes y primeros tiempos, estas "*verdades*" continúan vivas al presentar siempre a las mujeres en segundo término, huyendo o inactivas en cualquier situación de peligro, mientras los hombres las defienden (Fig. 5 y 6).



Fig. 5: En los cómics o historietas, el sistema de representación es el mismo que en los textos escolares: las mujeres detrás y en actitudes huidizas. Los hombres delante, agresivos y defensores. En este caso se trata de *Érase una vez... el hombre*, de Planeta Agostini, 1991.



Fig. 6: Los libros de divulgación que en la actualidad usa la juventud, como este de 1999 titulado *Diccionario por imágenes de los dinosaurios y de la prehistoria* (Ed. Fleurus), mantienen la dicotomía: son los hombres los activos agresores, mientras que las mujeres, como desde hace dos o tres millones de años, huyen con sus bebés en brazos.

De acuerdo con esto, en los textos revisados, los discursos contruidos sobre la base de la inferioridad "*natural*" de las mujeres, tanto por creacionistas como por concordistas como por transformistas, se repiten una y otra vez. En ocasiones, la desigualdad se expresa sobre todo como psíquica (*menor valor, menor inteligencia, menos capacidad de mando, imposibilidad de aprender*), otras veces como física (*menos fuerza, menos tamaño, menos musculatura*) y en la mayoría de los casos como ambas cosas; pero nunca se discute. De hecho, cuando a finales del siglo XIX se plantea en los foros académicos "*la cuestión de la mujer*", es decir, si tiene ésta derecho a una educación igual a la del varón, el asunto de la inferioridad servirá para justificar posturas tan extremas como la expresada por M. de Revilla, crítico de la Revista Contemporánea, en su artículo "*La emancipación de la mujer*", de 1879:

"No hay educación que pueda igualar cerebros que pesan 1.262 gramos con otros que pesan 1.410" (p.459).

La casi ausencia de discusión a este respecto viene refrendada por otra asunción no menos importante: la de la esclavitud que supone la maternidad. Tachando de un plumazo las legiones de mujeres que, en todas las culturas y en todas las épocas han parido y criado a sus hijos e hijas sin dejar de trabajar en los campos, en la recolección, la horticultura o la ganadería ni un solo día, se asume que "*una dificultad inherente a su naturaleza*" le impide ser sacerdotisa o jefa de la tribu (*igual que ocurre hoy*). Además "*96 días al año con reglas, nueve meses para cada preñez, una cuarentena tras el parto, doce o quince meses de lactancia y cinco años de cuidados del párvulo, o sea, un total de 7 años para un solo parto... Durante ese tiempo no puede trabajar, ha de ser mantenida... por lo que se halla fatal y jurídicamente incapacitada para toda dirección política, administrativa, doctrinal o industrial*" (Proudhon, 1910).

Esta imagen se nos presenta en nuestros textos como indestructible e inmune a cambios y revoluciones. Así, en un manual escolar de Linacero (1933) en plena Segunda República, el discurso de defensa del obrero se pinta de los mismos colores: "*El padre trabaja en el taller, en la fábrica, en la oficina, en el campo, donde gana un sueldo con que sostener a su familia. La madre cuida de sus hijos, los cría, los viste, prepara la comida, limpia la*

casa, cose las ropas... Los niños van a la escuela para aprender muchas cosas y cuando sean mayores trabajarán como su padre, en un oficio, en una profesión que les permita ganar para comer: serán albañiles, carpinteros, mineros, médicos, maestros, ingenieros... ¿Qué te gustaría ser?"

Asombra también la ausencia de duda en textos científicos: *"La caza determina la posición de la mujer. En un ambiente de lucha constante y errabunda que domina la vida de los cazadores, no hay espacio alguno para la ocupación, en pie de igualdad, de la mujer, la cual queda ligada al hogar y agota su misión en el cumplimiento de los deberes corporales y caseros"* (Behn, 1961), o la bastante más reciente atribución a la caza primigenia de todos y cada uno de los rasgos físicos y psíquicos que distinguen a mujeres y hombres, en la última ficción de Desmond Morris (2000).

La asunción de la caza como principio de diferenciación sexual es, en mi opinión, uno de los más claros ejemplos de ese *"uso del pasado para justificar presentes"* que señalé al principio como conclusión de mi trabajo. Y es, indiscutiblemente, un buen ejemplo también de los *"razonamientos"* utilizados en la base de la cultura occidental judeo-cristiana para mantener infravaloradas las actitudes y aptitudes de las mujeres.

Esta última cuestión se plasma de forma muy singular en los lenguajes utilizados en la descripción y representación de los orígenes y primeros tiempos. Son en la mayoría de los casos claramente discriminatorios y por supuesto negativos para el rol de las mujeres: no es que lo que hagan no sea evidente, sino que su valor social es escaso, sea lo que sea.

Por lo que respecta al lenguaje oral/escrito, debo señalar que al menos hasta 1970 y de forma general, muy especialmente en los textos religiosos, si se habla de hombres se piensa en hombres y si hay que nombrar a las mujeres se las nombra. Así, en el contexto de los orígenes hay argumentos para rechazar la falacia lingüística de la universalidad del masculino; al menos en ese ambiente, las mujeres no somos hombres.

Las mujeres en los textos concordistas: La creación diferenciada.

El relato de la creación del Génesis no había encontrado nunca un enemigo, un opositor, hasta que las ideas transformistas estallan en occidente. Será ahora cuando la Iglesia católica asuma una posición defensiva, ya que se ve atacada. Un análisis de los textos escolares de religión durante los últimos 140 años nos demuestra la existencia de tres tipos de textos: aquellos que ni hablan de evolucionismo ni se ven influidos por él, presentando sin matices el relato bíblico ortodoxo (*llegan hasta nuestros días*). En segundo lugar aquellos que no hablan directamente del tema, pero es posible rastrear influencias en ellos, sobre todo por la asunción clara de posturas defensivas. Los más destacables son los que elevan la figura del hombre exageradamente para separarla de la del mono (*ver Querol 2000*).

El tercer grupo está compuesto por los textos que sí se refieren al transformismo o evolucionismo, pero para presentarlo rodeado de dudas. Las frases más utilizadas son las de "*no está totalmente probado*", "*es sólo una hipótesis*", o "*nunca podrá probarse*"; una manifestación extrema de este grupo - muy abundante en las últimas décadas del siglo XIX - está formada por los textos que presentan la teoría de Darwin como una aberración, un disparate o un sinsentido, y tachan de estúpidos e imbéciles a quienes la defendían. En la católica y conservadora España esa postura está muy bien representada en innumerables textos que expresan con frases que ahora incluso nos parecen inocentes, el profundo asco que representa para el "*hombre civilizado*", sustituir nada menos que la mano de Dios por un mono (*ver Querol 2000*).

Encontramos por último aquellos que buscan y explican "*pruebas*" de la imposibilidad y de lo absurdo del evolucionismo (*del hecho de proceder el hombre de un mono, en realidad; el evolucionismo para el resto de los organismos no les importa*). Es en este último grupo donde se incluyen los textos que aquí comento.

Ya en el primer tercio del siglo XX, con figuras como Mivart o Teilhard de Chardin, la Iglesia católica avanzó un paso hacia la ciencia y apareció así la postura "*concordista*", según la cual, la evolución puede admitirse siempre que se asuma que en un momento de esa evolución (*el momento de la hominización*) el creador insufló "*el alma*" a aquel primate, convirtiéndolo en hombre. Esa reforma de pensamiento está defendida por la cristian-

dad más culta, pero entre los autores (*que no hay autoras*) españoles, no deja de tener problemas. En realidad, estos autores estaban esperando que de un momento a otro la Iglesia católica declarara "anatema" la "aberrante" idea de que el hombre procediera, por evolución, de un "asqueroso" mono. Pero no ocurrió así; de hecho, en la encíclica "*Humani generis*", de 1950, Pío XII "permite" hablar de este tema a los hombres doctos, siempre que acaten los dictámenes eclesiásticos.

Una de las más curiosas reacciones españolas ante esta postura oficial de la Iglesia, de entre las que hemos encontrado en nuestra revisión bibliográfica, es la que utiliza la creación de Eva a partir de una costilla de Adán, como "*prueba*" de la imposibilidad o la locura que supone la Evolución o Transformismo.

La primera vez que aparece esta curiosa idea en nuestros registros es en 1919, cuando el jesuita Eusebio Negrete publica sus Estudios Antropológicos, donde dice que "*la formación de Eva tiene metidos a los transformistas en un callejón sin salida. Porque es evidente... que Dios tomó de hecho, y no en visión, que no es una expresión figurada, sino que el Señor formó a la mujer de la misma carne de Adán, sin medianero ni linaje de evolución natural... Eva no salió de ninguna forma animal, por lo que autores como Leroy dicen que Dios procedió de distinta manera en la formación del hombre y de la mujer*" (p.35).

Saltamos después al centro del siglo, fechas en las que se concentran las citas encontradas. En 1944, el también jesuita Jesús Simón vuelve a utilizar este argumento para oponerse a la posibilidad de que el hombre proceda de un ser inferior: "*Añádase la creación de la mujer: dícese claramente que la mujer fue hecha del hombre. Tampoco, por tanto, lo fue el hombre mismo, pues sería ridículo afirmar la creación inmediata tratándose de aquella y admitir para este la descendencia beluina (sic)*" (p. 119). En este párrafo, tanto por la forma como por el fondo, podemos darnos cuenta de dos extremos que nos interesan: por un lado, está claro que la palabra hombre no incluye de ningún modo a las mujeres, es decir, que no se utiliza como genérica o sinónimo de humanidad; por otro lado, destaca esa insistente, fuerte y profunda misoginia que demuestran en sus escritos y en sus prédicas la mayoría de los eclesiásticos.

Dos años después, en 1946, otro jesuita, Jaime Pujiula, en la Revista Razón y Fe, publica un artículo titulado *"Más sobre la evolución aplicada al hombre"*. En él, tras recordar las frases del Génesis sobre la creación de la mujer a partir de una costilla de Adán, explica: *"...necesariamente han de admitir la intervención extraordinaria de Dios en la formación de la mujer a no ser que tenga por mito o fábula (horrible blasfemia contra el Espíritu Santo) lo que nos dice la Sagrada Escritura; ahora bien, si hay que admitir la intervención divina extraordinaria en la formación de la primera pareja..."* (p.563).

En la misma revista Razón y Fe, en 1949, un profesor de cosmología, el jesuita Jaime Echarri, publica un artículo titulado *"El hombre en sus primeros orígenes. Evolucionismo antropológico, ni exageración ni cortedad"*. En él revisa a fondo la actitud de la iglesia católica y defiende la postura concordista según la cual *"es posible"* que el cuerpo del hombre proceda de otro animal, pero el alma ha tenido que ser creada directamente por Dios: *"Los teólogos han sido tradicionalmente más explícitos en condenar -a veces con censuras muy fuertes- todo origen del primer hombre (Adán) que no se debiese total e inmediatamente a Dios... El origen de Eva, tan poco encajado ni explicable en una teoría evolucionista, ha contribuido a confirmar su actitud (la de los teólogos)"* (p.243). Su conclusión, desde luego ya muy lejos del concordismo: *"Al fin han de admitir la intervención de Dios en el origen del hombre (Adán) y mucho más en el de Eva"* (p.246).

En 1950, José María González Ruiz publica en la Revista de Estudios Bíblicos unos comentarios al libro del cardenal Ernesto Ruffini donde dice: *"El cuerpo de la mujer ha sido formado directamente por Dios. ¿Cómo suponer, pues, que el cuerpo del hombre fuera formado de un organismo animal? ¡Qué absurdo! La mujer hubiera tenido un origen más noble que el hombre. Pero no ha reparado el Excelentísimo Autor en que en la interpretación que él da de todo el pasaje bíblico siempre será verdad que la mujer ha tenido un origen más noble que el hombre pues éste fue formado de materia inorgánica -de barro- mientras que la mujer fue formada del cuerpo de varón. Estos son los inconvenientes de darle al texto bíblico un sentido demasiado literal y obvio que de hecho no tiene"* (p.158).

Un año después, en 1951, la Revista Arbor publica un monográfico sobre Darwin, con un artículo de Teófilo Ayuso titulado *"Poligenismo y evolucionismo a la luz de la Biblia y de la Teología"*, en el que afirma: *"Finalmente, quedan aún dos argumentos que hacen al evolucionismo difícil de compaginar con la Biblia: la conexión que el Evolucionismo tiene con el poligenismo, y la narración bíblica de Eva, formada del cuerpo de Adán... respecto a esto último conviene recordar ante todo el decreto de la Comisión Bíblica del año 1909. Entre las verdades que se relacionan con los fundamentos de nuestra fe, cuyo sentido literal histórico es preciso confesar, está la "formatio primea mulieris ex primo homine". La narración del Gen. 2, 18-25 es de una precisión admirable, y crea al evolucionismo una gravísima dificultad. En esto suelen estar de acuerdo los autores"* (p.364).

Durante ese mismo año de 1950 se publica la encíclica *Humani Generis*, en la que la expresión *"cuerpo humano"* del latín original, se traduce al castellano como *"cuerpo del hombre"*, y la lectura que en ese momento hace la iglesia católica de ese hombre no podía ser de otro modo que como varón, nunca como humanidad. Por eso puede comprenderse el comentario que en 1953 realiza Jesús Bujanda en su obra *El origen del hombre y la Teología católica*: *"La Iglesia no prohíbe el que con prudencia se discuta el origen del cuerpo del hombre, cual si Dios se hubiera servido para hacerlo del de un animal... pero la misma Iglesia no ha concedido licencia expresa para discutir con la misma libertad el origen del cuerpo de la primera mujer, cual si Dios, también en este caso, se hubiera servido del cuerpo de un animal, y más bien hay algunos documentos que hablan en sentido contrario."*

Como prueba de que en los círculos religiosos en los que se escriben los textos escolares, el asunto no se ha olvidado, en 1965 encontramos otro artículo de otro jesuita, Ramón Juste, en la Revista Española de Teología, titulado *"La teología católica y el problema de la evolución humana. Un siglo de historia eclesiástica"*, en el que dice: *"Pues en el Génesis no se nos dice cómo fue formado el cuerpo del primer hombre o de los brutos, si mediata o inmediatamente de la tierra; sino simplemente que de hecho fueron formados de la tierra, es decir, de la materia. Pero esta sentencia no se puede conciliar con lo que diremos más abajo acerca de la creación de la mujer. Esta última sentencia nos brinda un argumento que ha sido usado por todos los escritores antes mencionados, a saber, la diferencia entre la for-*

mación de Adán y de la primera mujer." (p.397). El autor declara que la frase "*formación de la mujer a partir del primer hombre*", "*excluye claramente toda evolución en la formación de Eva*" (p.407).

Después de la publicación de la Ley educativa de 1970, con la entrada masiva en los textos escolares de las explicaciones sobre la Evolución orgánica, incluyendo en ella al ser humano, los discursos eclesiásticos no tienen más remedio que apartarse por completo de las cuestiones científicas, aunque nunca dejarán de introducir elementos de duda en sus explicaciones. Por eso resulta aún más extraño haber encontrado, nada menos que con fecha de 1978, y nada menos que en el Diccionario Enciclopédico Espasa, esta cita: "*Hay alguno que otro autor católico que supone que no es doctrina contraria a la fe el sostener que el cuerpo de Eva venga igualmente del de un animal. Mas es de advertir que si la Iglesia, según dice Pío XII en la encíclica Humani Generis, promulgada el 12 de Agosto de 1950, no prohíbe que la doctrina del transformismo, en cuanto que investiga el origen del hombre de una materia vivía y preexistente, sea tratada en las investigaciones y discusiones de los peritos en uno y otro campo, de conformidad con el actual estado de las ciencias humanas y de la Sagrada Teología, con tal de que estén todos dispuestos a obedecer al juicio de la Iglesia, no concede, en cambio, esa libertad expresa para defender que el cuerpo de la primera mujer se derive también del de un animal...*".

Eva, Eva, siempre tan diferente...

BIBLIOGRAFÍA

- AYUSO, Teófilo, 1951: "Poligenismo y evolucionismo a la luz de la Biblia y de la Teología". *Arbor* nº 66, pp.347-372.
- BEHN, Friedrich. 1961. *Cultura de la Prehistoria*. Unión tipográfica editorial hispano americana, México.
- BUJANDA, S.I. Jesús. 1953: *El origen del hombre y la Teología católica*. Ed. Razón y Fe, S.A. Madrid.
- DARWIN, Ch. 1872 (orig.): *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*. 7ª ed. ilustrada con grabados, traducida de la 2ªed. original revisada y aumentada, de 1874. Editorial Diana, S.A. México D.F.

- DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO ESPASA. Espasa Calpe, Madrid, 8^a ed. 1978.
- ECHARRI, Jaime, 1949: "El hombre en sus primeros orígenes. Evolucionismo antropológico, ni exageración ni cortedad". *Razón y Fe*, n^o 139, pp. 222-246.
- GARCÍA ESTÉBANEZ, E. 1992: *¿Es cristiano ser mujer?* Siglo XXI de España Editores, S.A. Madrid.
- GONZÁLEZ RUIZ, José María, 1950: "Comentario de... al libro del Cardenal Ernesto Ruffini La teoria della evoluzione secondo la scienza e la fede", Roma 1948, Tip. Pol. Vaticana. *Revista de Estudios Bíblicos* IX, pp.115-119.
- JUSTE, Ramón, 1965: "La teología católica y el problema de la evolución humana. Un siglo de historia eclesiástica", *Revista Española de Teología*, pp.393-414.
- LINACERO, Daniel G. 1933. *Mi primer libro de Historia*. 1^a ed. Artes Gráficas Afrodísio Aguado. Palencia.
- MORRIS, Desmond. 2000. *Masculino y Femenino. Claves de la sexualidad*. Plaza Janés Editores S.A. Barcelona.
- NEGRETE, Eusebio. 1919. *Estudios antropológicos, primera serie (Biblia, Prehistoria y Paleontología)*. Imprenta del Asilo de Huérfanos del S.C. de Jesús. Madrid.
- PROUDHOM, P. J. 1910. *La mujer (Estudio de filosofía práctica)*. F. Sempere y Cia, edit. Valencia.
- PUJULA, Jaime, 1946: "Más sobre la evolución aplicada al hombre". *Razón y Fe* n^o 133, pp. 555- 570.
- QUEROL, M.A. 2000: "El espacio de la mujer en el discurso sobre el origen de la humanidad". *Arqueología espacial*, 22, pp. 161-173. Universidad de Teruel.
- QUEROL, M.A. 2000^a: "El lenguaje utilizado en el tema del origen de la humanidad: una visión feminista". *Actas de las II Jornadas internacionales sobre roles sexuales y de género. Mujer, ideología y población*. Madrid. Arys, Ediciones clásicas, pp. 221-238.
- QUEROL, M.A.; DOMÍNGUEZ RODRIGO, M.; FERNÁNDEZ, M.; LAVÍN, A.C.; TRIVIÑO, C. y YÁÑEZ, A. 2000: "Sobre palabras e ideas: el proyecto de investigación La mujer en el Origen del Hombre". *Actas del 3 Congreso de Arqueología Peninsular*. Porto, Adecap, vol. 1, pp. 337-344.
- QUEROL, M.A. 2001: *Adán y Darwin*. Editorial Síntesis, serie Arqueología Prehistórica n^o 5. Madrid.

QUEROL, M.A. 2001^a: "De maravillosos hombres y pobres monos. Análisis del fenómeno antropocentrismo en la bibliografía española sobre orígenes humanos". *Complutum* 12, pp. 237-248. Universidad Complutense de Madrid.

QUEROL, M.A. y TRIVIÑO, C. (e.p.): *La mujer en El Origen del Hombre*. Editorial Crítica.

REVILLA, Manuel de la. 1879. "La emancipación de la mujer". *Revista Contemporánea*, Tomo XIX, pp.447-463 y Tomo XX, pp.162-181.

SIMON, S.J.Jesús. 1944. *El hombre, estudios científicos-apologéticos sobre su origen, antigüedad, naturaleza y destino*. Ed. Lumen. Barcelona.